

El Santuario y el nuevo tipo de familia

Ficha 10

B. La gracia de la transformación

4. El Matrimonio cristiano, misterio de amor generoso,

I. Introducción

1. Resumen:

Desde el Santuario, la Mater quiere ayudarnos a desarrollar al máximo la potencia transformadora de nuestra gracia bautismal, pero, también, la gracia concedida a través del sacramento del matrimonio. Ella desea educarnos para que podamos llegar a vivir plenamente nuestra vocación de hijos de Dios (recibida por el Bautismo) y, además, para que logremos encarnar en la más alta medida posible el ideal de toda matrimonio cristiano: *hacer de nuestra vida matrimonial un reflejo vivo del amor de Cristo a su Iglesia*. Sólo así podremos hacer realidad *el nuevo tipo de familia* que ella desea regalar al mundo desde Schoenstatt.

2. Objetivo de esta reunión:

Ese amor de Cristo que debiera reflejarse en la vida de todo matrimonio cristiano *es un inmenso misterio*. Es un amor de profundidad infinita y que puede considerarse bajo diferentes aspectos: como un misterio de amor generoso, de amor solidario, de amor fiel, de amor heroico (o crucificado), de amor fecundo. *Para comenzar nuestro estudio, lo veremos en esta reunión bajo el aspecto de la generosidad*.

Miraremos primero hacia el amor de Cristo a su Iglesia. Luego veremos cómo se ha reflejado ese amor en el amor que el P. Kentenich tuvo a la Familia. Y finalmente, nos preguntaremos cómo llegar a ser nosotros mismos *reflejos vivos de ese misterio de amor generoso*.

II. Desarrollo del tema

1. Amor, generosidad y egoísmo

Hablar de amor “generoso” pareciera una redundancia. Porque si amar significa “darse”, “entregarse”, entonces “amor” y “generosidad” vienen a ser exactamente lo mismo. Por lo menos así pensamos los cristianos, porque *el amor de Cristo (modelo de todo amor para nosotros), consistió en eso: en una permanente entrega de generosidad hacia nosotros*. Nos dio todo lo que tenía. En primer lugar, su propio “yo”, su Persona, que bajó del cielo para compartir nuestra vida tomando un cuerpo humano. Nos dio ese cuerpo por entero: la ternura de sus ojos que amaron hasta la muerte; el calor de su corazón, que supo perdonar hasta a sus verdugos y que palpité por nosotros hasta poco antes de ser atravesado por la lanza. Incluso convirtió su cuerpo en alimento, para que lo siguiéramos comiendo hasta el día de hoy. Nos dio su sangre por bebida. Nos participó toda su sabiduría, revelándonos todos sus misterios. Nos regaló a su Padre, a su Madre, a su Reino. Y nos dejó como herencia su propia misión de anunciar el Evangelio. Cristo no se guardó nada para sí. Fue absolutamente generoso hasta el fin.

Nuestra Familia es capaz de vibrar muy hondamente con todo esto, porque hemos tenido la dicha de ver reflejado el amor generoso de Cristo de modo muy vivo y pleno, en nuestro Padre fundador. Él se entregó a nuestra Familia con una generosidad muy semejante a la de Cristo. Nos dio todo lo que él era y tenía, todas sus fuerzas físicas y espirituales. Por nosotros arriesgó su vida (20 de Enero de 1942), su honra y un largo destierro (31 de Mayo de 1949). Él no tuvo otro anhelo que darlo todo por la Familia, para el bien de la Familia. Jamás guardó rencor a quienes lo atacaron. Como la de Cristo, su vida nos enseña que la esencia del amor es la generosidad y que la antítesis del amor, el pecado, es el egoísmo.

2. Generosidad y egoísmo en el matrimonio

Sin embargo, a veces se oye hablar de “amores” muy especiales. Como el del marido que dice “querer” tanto a su señora que la deja salir sola de la casa ni tener amigas, ni participar en nada: porque desea tenerla solamente para él. O como el de la señora que no acepta que su marido vaya al fútbol con los amigos o que use ropa que ella no le ha escogido, porque sólo ella sabe cuidarlo y escogerle lo que le conviene. En estos casos, “querer al otro” significa “querer al otro para que esté siempre girando en torno a mí”. Eso es la cumbre del egoísmo y, por lo mismo, la antítesis del verdadero amor. *Esta apariencia de amor que es el “amor egoísta o interesado”, trata al otro, en el fondo, como una cosa cuyo único destino es hacerme feliz a mí.* Es querer al otro como el perro al hueso o el niño al juguete. Para el amor generoso “querer al otro” significa “querer hacer feliz al otro y, para eso, estar dispuesto a darme yo mismo al otro, porque mi felicidad consiste en que él sea feliz”. Son dos usos enteramente distintos de la palabra querer: querer que el “tú” gire en torno al “yo”, o querer que el “yo” gire en torno al “tú”. Querer al otro como una “cosa” que me es útil o como a una “persona” a la cual me entrego.

El matrimonio cristiano, si quiere reflejar el amor de Cristo, debe convertirse en una lucha permanente e incansable contra el egoísmo. Éste se disfraza de mil maneras. A veces hasta es capaz de sacrificios aparentemente muy generosos, pero que, en el fondo, sólo buscan asegurar el dominio del “yo” sobre el “tú”. Para aprender a amar como Cristo, debemos esforzarnos por poner al “tú” del otro al centro, a partir de los pequeños detalles de la vida diaria: aceptar conversar con el otro cuando él lo pide o lo necesita; salir al frío del patio y guardar lo que el otro dejó olvidado; levantarme yo de la cama caliente para cerrar la llave que gotea, de modo que el otro no se incomode; anticiparme yo a recoger lo que se le cayó al otro, para evitarle el esfuerzo; renunciar yo a mi orgullo herido, para tender la mano al otro, cuando necesita ser perdonado; aceptar ver en la televisión el programa que el otro prefiere, para alegrarme yo de poder darle una alegría; dejarle el mejor pastel o la mejor fruta, etc.

Un campo especial para el ejercicio y prueba de la generosidad es la vida sexual del matrimonio. El acto conyugal, según el plan de Dios, debería representar la culminación del amor, la donación total de cada esposo al otro. La entrega de los cuerpos debiera ser signo de la plena entrega de los corazones y, por lo mismo, reflejar de manera muy viva y real, esa generosidad total con que Cristo se entregó a nosotros, en cuerpo y alma. Sin embargo, ese acto tan noble puede convertirse en la cumbre del egoísmo: cuando, en lugar de realizarlo con la intención de darse el uno al otro para hacer feliz al otro, se va buscando tan sólo el propio placer, considerando al otro como una simple “cosa” que se “usa” para obtener agrado, pero sin importar lo que él o ella pueda pensar o sentir. Así, dominado por el egoísmo, el sexo se convierte en el gran sepulturero del amor matrimonial. Desgraciadamente, a eso empuja el ambiente materialista, erótico e hiper sexualizado del

mundo moderno, que ha despojado al sexo de su carácter de expresión de amor personal, de entrega generosa, convirtiéndolo en un simple medio para obtener placer físico. La vida sexual de un matrimonio sólo puede ser fuente de verdadera felicidad para ambos, si recupera su carácter de entrega personal y generosa que siempre debería reflejar. Pero nadie podrá ser generoso en el momento del acto conyugal si no lucha por olvidar el “yo” y vivir para el “tú” las 24 horas del día. La generosidad no se improvisa. La cumbre de una montaña supone una base. Así también, la unión corporal de los esposos sólo podrá reflejar la donación generosa de Cristo si se apoya en una vida entera, comprendida como esfuerzo por la generosidad, el respeto, la delicadeza.

La Mater quiere regalar a los esposos schoenstattianos la gracia de poder reflejar la generosidad del amor de Cristo en todos los aspectos de su vida matrimonial, incluida la vida sexual. Ella, que siempre vivió para el “Tú” de Dios, puede liberarnos de todo egoísmo. Ella puede ennoblecer y convertir en reflejo de la generosidad de Cristo todas las zonas de nuestra vida que el pecado pueda haber afeado o ensuciado. *Pero el amor generoso, junto con ser don de la Mater, debe ser conquista nuestra, mediante nuestro Examen Particular y Horario Espiritual.*

III. Preguntas para la reflexión

1. Desde el punto de vista de la generosidad, ¿qué es lo que más nos impresiona del amor de Cristo y del amor de P. Kentenich?
2. Nombremos algunos ejemplos de amor generoso, que buscan la felicidad del otro, y de amor egoísta o interesado.
3. ¿En qué detalles de la vida matrimonial nos cuesta más ser generosos?
4. ¿Qué cosas son necesarias en la vida diaria de un matrimonio, para asegurar que el acto conyugal llegue a ser verdaderamente una entrega generosa del uno al otro? ¿Qué cosas impiden esto?
5. Pregunta privada para cada matrimonio: La fuerza transformadora de la Alianza de Amor, ¿ha cambiado también en algo nuestra vida sexual? Es decir, desde que somos schoenstattianos, nuestras relaciones conyugales, ¿están impregnadas de mayor amor, respeto y delicadeza? ¿O tendríamos que proponernos algún propósito de autoeducación en este campo?